

EXTREMADURA DURANTE EL PRIMER FRANQUISMO (1939-1959)

Actas del IV Encuentro Historiográfico del Grupo de Estudios
sobre la Historia Contemporánea de Extremadura

Coordinadores: JOSÉ RAMÓN GONZÁLEZ CORTÉS - RAÚL AGUADO BENÍTEZ



Castuera años 40

VICTORIANO, UN HÉROE ANTICOMUNISTA.

José Ignacio Rodríguez Hermosell

Biblioteca Pública del Estado

«Jesús Delgado Valhondo», Mérida

«Ahora avanzo entre mis muertos, solo. (...)
Muertos míos de Rusia, heladas rocas
que fortifican una tierra ajena
bajo la vasta luz de la nevada.
(...)
Adiós. Tú, camarada,
quedarás esperándome
vivo o muerto. Yo marchó y voy contigo
a la Patria lejana. Dios nos guarde.»

Dionisio Ridruejo: *Cuadernos de Rusia*.

El rostro de la efigie.

«¿Tú sabes por qué Hernando de Soto está de espaldas al Ayuntamiento? Porque Barcarrota es un pueblo desagradecido.»

Esto nos decía Victoriano Rodríguez en un bar cercano a la madrileña Plaza Héroes de Cascorro, en verano de 2005. Se refería a la estatua que dedicó al Adelantado de la Florida su pueblo de origen. El concejo barcarroteño erigió ese monumento en 1866 gracias a una suscripción popular, el primero en España que honraba la memoria de un conquistador de las Américas, aseguraba la prensa de la capital (*Crónica de Badajoz*, 13 de agosto de 1866). Hernando de Soto sigue de espaldas al Ayuntamiento, pero allí continúa. Que se sepa, no ha renegado del reconocimiento de sus paisanos.

De Victoriano Rodríguez yo había oído hablar a mi madre, no era un nombre olvidado del todo. Al fin y al cabo, su baño de multitudes ocurrió en 1954. Mi madre, jovencita, lo recuerda avanzando por el pasillo central de la iglesia parroquial de la Virgen del Soterraño de rodillas, buscando a la protectora de Barcarrota (una advocación muy popular y milagrosa desde el siglo XIV). Le daba las gracias por hacer posible su retorno al cabo de once

años. Porque Victoriano Rodríguez había estado cautivo en la Unión Soviética todo ese tiempo, y sobrevivido a las durísimas condiciones en las que los prisioneros de la División Azul –las mismas, por azares de la vida, que padecieron algunos comunistas españoles convertidos en enemigos de la causa estalinista, caso del mítico general del Quinto Regimiento Valentín González «el Campesino»- se habían desenvuelto.

Pero el anciano al que mirábamos detenidamente Nuria y yo no parecía ser ese hombre. Efectivamente, se trataba de Victoriano Rodríguez Rodríguez. Habíamos podido llegar a encontrarlo gracias a las gestiones de búsqueda de amigos que sondearon en los listados confidenciales de la Seguridad Social. Vivía en Madrid, al menos ése era su domicilio declarado, y cobraba una pensión pública. Tenía una dirección y un teléfono. Porque nadie en Barcarrota mantenía contacto con él, no quedaban familiares y las personas mejor informadas (por ejemplo, José Antonio Hernández, Q.E.P.D.) desconocían su paradero. Tras largos meses de preguntas y tanteos ya tenía al personaje, al otro lado de la línea telefónica, aparentemente lúcido y dispuesto a contar su historia y hazañas. Una cita en Madrid era el camino para desenterrar estos recuerdos.

Para el encuentro íbamos convenientemente preparados con grabadora y libreta; yo había leído los libros que relataban sus hechos heroicos. Tenía todo pensado para redactar la biografía tardía y definitiva de este héroe anticomunista, en un acto de inspiración literaria de quien, al modo de Javier Cercas e Ignacio Martínez de Pisón, se considera un intruso en el parnaso historiográfico. Iba a ser el muñidor de una leyenda confusa entre la realidad y la ficción. Una criatura del falangismo local. Por mis venas corría la sangre del narrador. El héroe revivía y yo iba a hacer poesía con su legado.

El rostro de Victoriano era pálido, su expresión de cera. Le brillaba su blancura. Y su mirada se agudizaba, clavándose en nosotros y en los libros que le llevaba, en las noticias recientes de la Barcarrota dejada atrás. Por más que miraba no veíamos lo mismo. Él no veía gloria (la mía literaria, la suya militar) ni proezas, no veía un renovado recibimiento oficial en el Ayuntamiento de Barcarrota, ni siquiera un avance devoto por la nave central del Soterraño. Sólo veía negocio, publicar su vida con la editorial Planeta, y así restañar antiquísimas heridas de orgullo; porque cuando en 1955 su capitán Palacios era encumbrado por Torcuato Luca de Tena al Olimpo de la mitología franquista de consumo popular a través de *Embajador en el Infierno*, a él le quedaba el reconocimiento que Palacios le hacía de fiel e infatigable apoyo, de valeroso y temerario, pero con el pasar de los años nadie contó su vida y acabó siendo un viejo melancólico al que la Historia había desplazado del lugar merecido.

El pasado es imprevisible.

Es el dos de abril de 1954. Una multitud de personas recibe en el puerto de Barcelona a un barco que traslada a 286 *repatriados* españoles, de los cuales unos 240 habían pertenecido a la División Azul o *Blau Division* (la 250 o División Española de Voluntarios); no fueron los últimos en retornar pero sí son los más significados, pues la coyuntura nacional e internacional ha hecho de la Unión Soviética de Stalin el enemigo número uno, el chivo expiatorio de todas las culpas, el objetivo nada disimulado de la propaganda del Régimen. El hecho no es baladí; casi todos estos hombres han pertenecido a ese cuerpo expedicionario (unos 45.000 soldados en total, de los que más de la mitad resultaron fallecidos, heridos, cautivos o desaparecidos) que marchó desde 1941 a Rusia a luchar integrado en el ejército alemán de Hitler durante la II Guerra Mundial. Algunos de ellos, por tanto, han estado en la URSS hasta doce años, reclusos en una veintena de campos de concentración (y pasando por las dependencias de la *Lubianka* moscovita, sede del espionaje soviético, de la que se decía jocosamente que era el edificio más alto de la capital, porque desde allí se veía Siberia), en unas condiciones de supervivencia que todos nos podemos imaginar pensando en la crudeza invernal de aquellas latitudes y en la tragedia de las guerras y genocidios del siglo XX.

El *Semíramis* atraca en el puerto catalán después de una semana de travesía desde Odessa, cruzando el mar Negro y todo el Mediterráneo, de este a oeste. Se ha organizado un recibimiento oficial y allí están esperando el Secretario General del Movimiento y el Ministro del Ejército, general Muñoz Grandes, que dirigió la unidad en sus comienzos (no acudió Franco, a pesar del despliegue informativo y publicitario del evento; tampoco los recibió en Madrid). La prensa española se empieza a hacer eco de esta llegada, y no faltan las noticias en el diario *Hoy* de Badajoz, pues hay un pequeño contingente extremeño. Así, en una primera noticia de 30 de marzo se da la relación de los cautivos badajocenses que vuelven a nuestro territorio: dos de la ciudad de Badajoz, uno de Hornachos, uno de Don Benito, otro de Villanueva del Fresno, uno más de Almendralejo, otro de Oliva de Mérida y uno de Zahinos, más Victoriano Rodríguez Rodríguez, de Barcarrota. El día siguiente se añade a la lista un repatriado de Hinojosa del Valle. De la provincia de Cáceres retornan tres más. Contando con los omitidos por la prensa regional, a decir de Daniel Infantes y Francisco Gragera, fueron 19 los extremeños a bordo del *Semíramis* –incluido el portugués residente en la capital bajoextremeña.

El *Hoy* del 6 de abril amplía la noticia. El día anterior habían sido recibidos calurosamente en el Hogar Extremeño de Madrid, y desde entonces la Hermandad Provincial de Excombatientes se encargará del último tramo del regreso, la vuelta a Badajoz. Y regresan finalmente: Francisco Moreno, de Villanueva del Fresno; Antolín Gutiérrez,

de Hornachos; Antonio Román, de Oliva de Mérida; José Alberto Rodríguez, el «portugués» de Badajoz; Emilio Méndez, también de la capital; José González, el almeraleño; Juan Díaz, de Hinojosa del Valle; el cacereño Hipólito García y Victoriano Rodríguez. Son recibidos sucesivamente en Mérida, la finca «La Orden» (que tenía el Instituto Nacional de Colonización cerca de Lobón) y, finalmente, Badajoz.

La acogida en todos estos sitios (seguimos siempre los datos facilitados por el *Hoy* esos días) fue multitudinaria y respondió a las consignas dadas. En Mérida visitaron el Ayuntamiento y la iglesia de Santa Eulalia; mientras que en Badajoz las autoridades militares, civiles y religiosas no faltaron a los actos oficiales: el Gobernador Civil, el Gobernador Militar, el Jefe Provincial del Movimiento, el Obispo Alcaraz y Alenda y el alcalde Antonio Masa. Los periódicos del 6 y el 7 de abril describen los lugares visitados en esa jornada: la ermita de la Soledad y la iglesia de San Andrés, para celebrar la Salve de acción de gracias por la liberación; y el homenaje culinario en el edificio del Frente de Juventudes. Se cuenta también que esa misma tarde partirían a sus localidades de origen los expedicionarios que habían salido de sus pueblos años atrás. Sin embargo, el diario ya no relata cómo fue el recibimiento en esos lugares ni, particularmente, cómo se acogió a Victoriano Rodríguez en Barcarrota.

La aventura de la División Azul y sus cautivos en la Unión Soviética ha tenido una repercusión bibliográfica y documental abundante. Varios libros sobre tan larga odisea se publicaron inmediatamente —además de la novela que ganó el Premio Planeta en 1956, *El desconocido* de Carmen Kurtz—, de entre los que destaca el que se denomina: *Embajador en el infierno: Memorias del capitán Palacios (Once años de cautiverio en Rusia)*, que firmó Torcuato Luca de Tena y recibió el Premio Nacional de Literatura en 1955⁴³². Del mismo se obtuvo el guión cinematográfico para la película de José María Forqué «Embajadores en el infierno», realizada al año siguiente, que asume la deriva de rebajar el falangismo del cuerpo expedicionario frente a la presencia del ejército, como señala Sandra Morel en su tesis *El capitán Palacios: construcción de un héroe en la época franquista* (octubre de 1998), pues supone un «fiel reflejo de la lucha, que desde el mismo inicio de la Guerra Civil, entablaron dentro del régimen los elementos falangistas y los militares; estando estos últimos aliados, la mayoría de las veces, con los círculos monárquicos. De hecho, la película fue un elemento de la lucha, pues no hay que olvidar el papel propagandístico que jugó, al ser una de las pocas en abordar, aunque de forma indirecta, las relaciones entre el Ejército y la Falange, y porque además fue, como se preveía desde el inicio, un gran éxito popular».

⁴³² Véase LUCA DE TENA, Torcuato. *Embajador en el infierno: Memorias del capitán Palacios. Once años de cautiverio en Rusia*. Madrid, Sucesores de Rivadeneira, 1955.

Pues bien, tanto en el libro como en la película es protagonista destacado Victoriano Rodríguez –incluso en la cinta interviene como extra-, un simple soldado o *guripa* al que Palacios llama «magnífico insensato» y describe con rasgos de heroicidad, arrojo, descaro y un punto de campechanía. A tal punto llegó la cercanía de Palacios con el soldado Rodríguez que éste fue una de las cinco personas que aparece en la dedicatoria de la primera edición del libro⁴³³, junto a Francisco Franco, Muñoz Grandes, Madame Berry – de la Cruz Roja francesa, factótum del retorno- y el Duque de Hernani, máximo representante de la Cruz Roja española. En parecidos términos se expresa Emilio Esteban Infantes, el general que en diciembre de 1942 toma el relevo en el mando de la *Blau* de manos de Muñoz Grandes, sobre nuestro paisano cuando en 1956 publica *La División Azul (donde ella empieza)*, en la editorial ARH: «Entre el teniente coronel Santos Ascarza, jefe de más categoría que murió en Rusia, y el soldado Victoriano Rodríguez, que tan alto ejemplo de lealtad y abnegación dio en el cautiverio, se cuentan por millares los héroes y mártires de la División Azul.»

Destacaría además, entre la numerosa bibliografía que ha ido apareciendo con los años sobre la División Española de Voluntarios (y que sigue creciendo notablemente a comienzos del siglo XXI), las memorias de otros supervivientes: *De Leningrado a Odessa*, del capitán Gerardo Oroquieta Arbiol –que también retorna en el *Semíramis-*; y *Esclavos de Stalin: El combate final de la División Azul*, del sargento Ángel Salamanca Salamanca. Por otro lado, la obra más completa que narra el cautiverio ruso de los divisionarios es *La gran crónica de la División Azul: Los prisioneros*, de Fernando Vadillo⁴³⁴; y para una visión de conjunto, *La División Azul: sangre española en Rusia, 1941-1945*, de Xavier Moreno Juliá. Además, para analizar la presencia de nuestros paisanos se ha publicado recientemente *Rumbo a Rusia: los voluntarios extremeños de la División Azul*, de Francisco Gragera Díaz y Daniel Infantes. A estos dos últimos autores les tengo que agradecer encarecidamente la documentación del expediente como divisionario de Victoriano Rodríguez, conservado en el Archivo Militar de Ávila.

Háblame, musa, de aquel varón.

Victoriano Rodríguez Rodríguez nació el 26 de julio de 1923 en Barcarrota, según consta en el Registro Civil. Siguiendo a Fernando Vadillo, el autor que más justicia le ha hecho (un divisionario que, además de tomar prestado de las memorias de Palacios, entrevistó

⁴³³ LUCA DE TENA, Torcuato. *Embajador en...*, *op. cit.*

⁴³⁴ VADILLO, Fernando. *La gran crónica de la División Azul: Los prisioneros*. Madrid, Barbarroja, 1996.

a nuestro personaje, como a tantos otros), el joven Victoriano trabajaba como arriero entre Barcarrota y Badajoz transportando fruta a lomos de sus burros *Periquillo*, *Malagueño* y *Cordobés*. De su padre dice que era pastor, que tenía la familia «un pañuelo de tierra para cultivar alubias, patatas, lechugas y cebollas» y nombra a sus hermanos y hermanas, todos encargados de tareas agropecuarias y faenas del hogar en un retrato más bien bucólico –no hay otro modo de evadirse mentalmente de su penosa situación, que intentar retrotraerse a su adolescencia y juventud en Barcarrota, con sus pastizales, sus arboledas, su río Olivenza, su tierra de Barros, su sierra de Santa María, sus bosques de encinas y alcornoques»⁴³⁵. He aquí el tono general de toda aproximación al universo originario de Victoriano.

Su padre, Luis Rodríguez Reyes, había sido jornalero, como tantos de sus paisanos entonces. No hay que descartar sus simpatías izquierdistas y pertenencia a la Casa del Pueblo, dado el peso que el obrerismo tuvo en la sociedad barcarroteña desde la época primorriverista y su consiguiente presencia en la vida municipal durante la Segunda República. Sin embargo, Victoriano declarará que en julio de 1936 «fue detenido por las milicias republicanas sin causa aparente, ya que ni él ni su padre militaban en partidos políticos de derechas», estando retenido durante un mes en la plaza de toros⁴³⁶. A duras penas se puede creer que el comité local de defensa encarcelara durante tanto tiempo a un niño de trece años, de extracción social proletaria y limpio de cualquier sospecha antimarxista. Para el informe sobre Barcarrota incluido en la *Causa General*, el Ayuntamiento presentó en 1943 una relación de 45 detenidos de clara significación derechista, como el párroco y destacados militantes radicales y de Acción Popular⁴³⁷.

Y es que difícilmente presenta el barcarroteño un perfil de falangista canónico, y más bien responde al arquetipo de alistado extremeño: oriundo del medio rural, con escasa instrucción, deseoso de huir de la miseria que asola el campo y soporte de las familias diezmadas por la reciente guerra, procurando con la soldada los recursos de subsistencia para quienes están a su cargo. En todo caso, Vadillo asegura que tuvo en la toma de Antequera, durante la Guerra Civil, su bautismo de fuego, a finales de agosto de 1936 (¡con trece años recién cumplidos!). Más adelante señala que perteneció al Regimiento de Castilla nº 16, acuartelado en Badajoz, algunos de cuyos batallones sí intervinieron en la campaña de Málaga a comienzos de 1937. En Barcarrota hubo una masiva afiliación a la Falange en septiembre del año anterior, una vez que las tropas rebeldes toman el pueblo el 25 de agosto; previamente no existía agrupación local de ese partido, y la vienen a

⁴³⁵ VADILLO, Fernando. *La gran crónica...*, *op. cit.*, pp. 99.

⁴³⁶ GRAGERA DÍAZ, F., y INFANTES, D. *Rumbo a Rusia...*, *op.cit.*, pp. 217.

⁴³⁷ RODRÍGUEZ HERMOSELL, José Ignacio. *Movimiento obrero en Barcarrota: José Sosa Hormigo, diputado campesino*. Mérida, Asamblea de Extremadura, 2005, pp. 131-132.

engrosar antiguos monárquicos y simpatizantes del Partido Radical y de Acción Popular, además de los inevitables arribistas. ¿Qué hacía Victoriano con trece años en las milicias falangistas? Aún contando con que su auténtica primera acción de guerra fuera la toma de Málaga, en febrero de 1937 (donde sería herido en una pierna), no deja de parecer un elemento legendario más en la semblanza biográfica del arriero barcarrotero. Victoriano, en la entrevista que tuvimos con él, fue poco explícito, aunque aseguraba haber falsificado su fecha de nacimiento para combatir en el bando nacional.

Lo que sí parece claro es que se enroló en la División Española de Voluntarios que iba a integrarse en el *Heer* (la infantería de la *Wehrmacht* o fuerzas armadas alemanas) al segundo intento, pues fue rechazado por exceso de cupo en junio del 41. Aún no tenía dieciocho años, según la narración de Vadillo, cuando «sale de Badajoz en enero del 43 y pasa la frontera con el 17 Batallón en Marcha». En su expediente se aclara que se enroló en la milicia de F.E.T. de Badajoz y cruzó la frontera el día 28 con el 19 batallón de marcha. Además, parece que no estaba licenciado del ejército español y seguía siendo soldado de la 2ª compañía / 19 bón. del Regimiento Castilla nº 16 (los alistados eran en su mayor parte falangistas o soldados en activo, o ambas cosas a la vez). Y figura en el apartado de su profesión la de albañil.

A comienzos de febrero se halla en el frente del Este y pertenece a la 5ª compañía del segundo batallón del 262 regimiento de granaderos, a cuyo mando está el capitán Teodoro Palacios. Así las cosas, el 10 de febrero se encuentra el grueso de la División Azul defendiendo las posiciones alemanas ante el enésimo intento soviético de romper el cerco de Leningrado en el bosque de Krasny Bor, a orillas del río Volchov. Fue ésta la única batalla de cierta entidad en la que participaron los voluntarios españoles, y se estima que causaron baja, entre heridos, fallecidos y prisioneros, en torno a 4000.

Ha recogido su propio testimonio Ángel Salamanca, otro de los repatriados en el *Semíramis*, según el cual recibe junto a Victoriano la orden de Palacios de recuperar parte de la munición y alimentos de un búnker; cuenta ufano el sargento que le dijo su oficial: «¡Salamanca, desde este momento eres Medalla Militar!» (una condecoración que no le impusieron hasta 1998). Por su parte, de entre los profusos avatares de la batalla narrados por Vadillo, sabemos que a Victoriano le hieren en su mano derecha después de que su unidad «rechazara el segundo asalto de la infantería soviética». Es vendado por el mismo capitán Palacios. Atrinchero en el búnker, recibe la orden de su capitán: «¡Victoriano, sal de aquí o te pego un tiro! ¿No oyes que ha empezado el tomate?». De nuevo se retrata la feroz resistencia del *guripa* Victoriano: «Y le defiende (a Palacios), como puede, del chaparrón de bofetadas y culatazos que le cae encima, no sólo a él, sino a todos los prisioneros de la

compañía (...) Y allí estuvo luchando hasta agotar la munición»⁴³⁸. Finalmente, se dan por vencidas las unidades al mando de Palacios y Oroquieta y son conducidas a Kolpino, un suburbio de Leningrado. Unos trescientos españoles fueron hechos prisioneros.

Archipiélago Gulag.

A partir de entonces, la base de la narración de los hechos está en el comportamiento heroico de los cautivos, caracterizados como *supervivientes del infierno soviético*, que sufren la aplicación del sistema de trabajos forzados por parte de la Dirección General de Campos de Trabajo o *Gulag*. La osadía de estos personajes se resalta una y otra vez, en particular la de determinados divisionarios. Y es aquí cuando destaca rotundamente la terquedad inocente y la persistente lucha irracional del hombre sencillo y casi ignorante que es –según este romántico reparto de papeles– el soldado Victoriano Rodríguez, frente a la firmeza y el saber estar de la clase media falangista a la que pertenecen el capitán Palacios y sus inmediatos subordinados, el teniente Rosaleny y el alférez Castillo. En definitiva, los cuatro principales héroes del cautiverio ruso, según estableció Torcuato Luca de Tena en un primer momento.

Los prisioneros de Krasny Bor salen en tren de Leningrado el 27 de marzo con destino a Cherepoviets (allí morirá, por cierto, otro divisionario barcarroteño, Francisco Padilla Reyes, con el que Victoriano habría comentado: «No volvemos al pueblo»). Serán internados en el campo Makarino-158 el 2 de abril y destinados a trabajar en el puerto fluvial a orillas del lago Ladoga. Es casi imposible establecer un itinerario de *láger* o campos de internamiento por los que pasa Rodríguez, porque ni Luca de Tena ni el propio Vadillo ofrecen una cronología clara. Probablemente los repatriados tendrían un recuerdo borroso de los primeros meses. Como cuenta Fernando Vadillo, que tuvo que creer en las palabras de Victoriano, éste (definido como dicharachero, animoso y uno de los más populares) ha estado ya en lugares de la provincia de Sverdlovsk con nombres difíciles de pronunciar y aun de escribir: Piervi Uralsk, Piervi Maika, Revda, Asvest, Nizhni Taguil. Desde el *láger* Makarino pasará, mediada la primavera, al de Tolbos o isla de los Setenta, llamada así por la cantidad de españoles que son trasladados a ella. «Esto me huele mal», sentencia Victoriano; se barrunta que puede ser peor que Cherepoviets y Makarino, y días después no lo duda⁴³⁹: «¡Se ha fugado un español...!» Rápidamente corre el rumor, cierto, de que se trata de Victoriano, que se ha lanzado al río esquivando las balas de los vigilantes rusos.

⁴³⁸ VADILLO, Fernando. *La gran crónica...*, op. cit., p. 66.

⁴³⁹ *Ibidem*, pp. 116-119.

La retórica del cronista presenta el intento de fuga como resultado del trato inhumano que recibirían los prisioneros españoles. Vadillo se recrea en ese sufrimiento, transmitido por Victoriano años después: golpes, trallazos y un hambre atroz. En ese instante «cumbre de circunstancias patéticas», concibió el barcarroteño la huida, narrada con el acento épico necesario. Se refugió en una *isba* o casa de labor, acompañado de otro fugado, Casado. Luego volverá a internarse en el bosque y montará en una barca para cruzar un pequeño río; le sorprende una patrulla soviética, que acaba capturándolo. «¡Coño, aquí voy a palmar!... Ispanits kaput!... ¡Pues mátame, imbécil!». Sin embargo, es reconducido a Makarino-158, donde purgará su atrevimiento con ocho días en la celda de castigo, a pan y agua (este régimen se denomina *strogo*). Devuelto a la isla de los Setenta, retornarán al campo base de Cherepoviets en septiembre, con algunas bajas más. Victoriano será procesado por fuga, insubordinación, indisciplina y actividades antisoviéticas.

La mayoría de los cautivos pasó luego por el campo Krasnogorsk-27, cerca de Moscú. En un nuevo episodio de rebeldía de los divisionarios, ante la propaganda antifascista que los soviéticos les intentan inculcar sobre la situación en España, el bueno de Victoriano acuña una frase que la bibliografía sobre el tema repite: «Digan lo que digan, las tortillas de patatas en España siguen siendo redondas». Este lema de resistencia se da de nuevo en otra situación, terminando 1946 y con los prisioneros en Potma-58 (Victoriano ha pasado antes, al menos, por Suzdal y Oranki). Luca de Tena le atribuye la anécdota de replicar a un antiguo combatiente republicano y desertor de la División Azul, César Astor, encargado por los rusos del *Agit-prop* e infiltrado a conciencia entre los voluntarios falangistas para combatir el fascismo; el *guripa* Rodríguez le respondería con el dicho gastronómico, recibido por sus compañeros con una gran carcajada por la atinada ocurrencia⁴⁴⁰ («cayó como una balsa de aceite», me diría de esto) y convertido en un lema popular en la España anticomunista de finales de los cincuenta.

En enero de 1947 son trasladados a la ciudad ucraniana de Járkov; a partir de entonces el nombre de Victoriano va asociado al grupo consolidado del capitán Palacios (del barcarroteño y de otro soldado cacereño que murió, Julio Sánchez, dice que «los consideraba un poco como a mis hijos»⁴⁴¹). Permanecerán en aquel campo de internamiento hasta finales del 48. Y vuelve a destacar Victoriano en otro acto de rebeldía contra las autoridades bolcheviques, a partir de la primavera de 1948⁴⁴²; los mandos Palacios, Rosaleny y Castillo se habían negado a trabajar y serían procesados por indisciplina el año siguiente.

⁴⁴⁰ LUCA DE TENA, Torcuato. *Embajador en...*, op. cit., pp. 142-143.

⁴⁴¹ *Ibidem*, pp.143.

⁴⁴² *Ibidem*, pp.167 y ss.

El barcarroteño se sumará a ellos, comentándole a su capitán que «si estos miserables se han creído que he venido a Rusia para levantar la economía soviética, se equivocan...». Otro episodio de audacia protagoniza por entonces cuando hace llegar en una caja de cerillas un mensaje a Palacios, ante las posibles miradas de los guardianes rusos: «Me amenazan con ahorcarme si me niego a trabajar. No pienso volver a hacerlo. Sabré morir cantando el Cara al Sol», habría transmitido en el papel exaltando su falangismo. Y poco tiempo después, ante los castigos infligidos al capitán en los interrogatorios, es Victoriano quien consigue eludir la vigilancia y llevarle «su propia marmita de comida», que aquel rechaza por haberse declarado en transitoria huelga de hambre.

Los cuatro divisionarios rebeldes son llevados a la cárcel de Catalina la Grande, en Járkov, en los primeros días de 1949. Allí serán procesados en consejo de guerra por agitación política y sabotaje y condenados a pena de muerte, «conmutada por la de veinticinco años de trabajos forzados en un *láger* de reeducación» (la pena capital había sido abolida en 1947 y volvería a ser implantada en 1950). En el proceso los españoles se defienden ardorosamente de la injusticia que se está cometiendo, salvo Victoriano Rodríguez, que «por respeto a la distancia intelectual que le separa de sus superiores, se limita a decir: Me niego a contestar a tanta estupidez.»⁴⁴³.

Los condenados fueron conducidos de nuevo a la prisión de Járkov mientras habían trasladado al resto al campo de Borovichi, ciudad rusa de la provincia de Novgorod, haciéndoles creer a los cuatro que habían repatriado a sus compañeros. Convivieron con presos comunes rusos y con judíos, confinados por el régimen estalinista para que no huyeran al recientemente constituido Estado de Israel. En varias ocasiones refiere Palacios que quien habla en ruso con aquellas personas es Victoriano Rodríguez, «un excelente políglota», pues también entiende el alemán. Anulada en casación la condena de los cuatro divisionarios al poco tiempo, se les volvió a juzgar en agosto del mismo año, aunque este juicio se suspendió indefinidamente. Más tarde son trasladados a Borovichi-1 o «Chinchilla» (en una distancia de sur a norte que Palacios compara con la que hay de Algeciras a Oslo); allí un tercer tribunal militar asumió el proceso en diciembre.

Esta peripecia judicial⁴⁴⁴, con el acostumbrado tono de epopeya y desafío, supone un nuevo enfrentamiento con los soviéticos y los españoles *traidores* que ejercen la acusación. El traductor, sargento Pulgar —extremeño de Castilblanco—, que «tomó descaradamente partido al lado de los acusadores», es desautorizado por el propio Victoriano Rodríguez, quien explica con su buen ruso «que Pulgar no era fiel en su traducción»; en

⁴⁴³ VADILLO, Fernando. *La gran crónica...*, op. cit., p. 218.

⁴⁴⁴ LUCA DE TENA, Torcuato. *Embajador en...* op. cit., pp. 245 y ss.

un momento dado se convirtió en el traductor de su propio juicio. Sin embargo, se les aplicó la misma pena de muerte y conmuta de la misma, 25 años (el *guripa* Rodríguez llegará a sumar noventa años de condena por diversos delitos). Volvieron a ser separados de los demás prisioneros y llevados al campo de «La Mina» o Borovichi-2. Una treintena de divisionarios acompañará a los cuatro en marzo de 1950, al caerles penas de prisión de diversa cuantía.

Una nueva hazaña propagará el corresponsal de *Ya* en el *Semiramis*, Bartolomé Mostaza, embarcado desde Estambul junto a otros periodistas en el viaje de regreso (*Hoy* de 6 de abril de 1954): de qué manera Victoriano «escaló diez días consecutivos el tejado de la cárcel y se descolgó por una trampa abierta por él, hasta el interior, para llevar ropas y alimentos a Castillo», el oficial que estaba confinado en una celda de aislamiento. Mostaza insiste en cómo el barcarroteño dominaba el ruso y asegura que era «bien encarado, moreno, musculoso, suelto de palabra y recio a la vez». El episodio de ayuda del «magnífico insensato» Victoriano Rodríguez al alférez Castillo («condenado a régimen de *strogo*, desnudo y con comida un día sí y un día no») aparece en las páginas 282 y siguientes de *Embajador en el infierno*, aportando más detalles de su actitud temeraria. Según Palacios, Victoriano tenía la sangre fría de charlar distraídamente con el oficial ruso mientras se colaba por la gatera, ayudaba a Castillo con las mantas y la comida que tanto necesitaba y volvía por donde había entrado. Era noviembre de 1950.

A comienzos de 1951⁴⁴⁵, Victoriano «trabajaba en un camión encargado del suministro del campo e iba diariamente a la ciudad a recoger el pan», donde se encontraba con el camión del otro campo de Borovichi (según Vadillo, este episodio ocurre antes y es una nueva muestra de la cabezonería del barcarroteño; le responde a un carcelero que ya estaba dispuesto a trabajar porque «se me ha pasado la chaladura y ahora quiero comer mejor»). En realidad, ejercía de correo para transmitir informaciones entre los españoles prisioneros, e incluso trasladaba las cartas que les llegaban desde España y que Palacios sustraía al control de los soviéticos, empeñados en hacerlas desaparecer para que no llegaran a sus destinatarios. Cuenta Palacios que Victoriano llegó a perder una misiva destinada al capitán Oroquieta, teniendo el capitán que reproducírsela «casi al dedillo» para suplir la pérdida.

El grupo de españoles de Borovichi-1 o «Chinchilla» —con Oroquieta y Altura como oficiales al mando— no toleraba el trato desigual que se les daba con relación a alemanes, austriacos y húngaros, así que se amotinaron en abril. Fueron condenados a la consabida pena de 25 años de reclusión por rebeldía. Por aquel tiempo, Victoriano, Palacios, Rosaleny

⁴⁴⁵ *Ibidem*, pp. 295 y ss.

y Castillo habían sido trasladados nuevamente a los Urales, «la antesala de Siberia»; a los campos de Revda. Al conocer la acción de Borovichí se declararon en «huelga de brazos caídos» por solidaridad con sus compañeros⁴⁴⁶. Palacios será de nuevo separado de los demás y confinado en otro *láger* cercano. Allí vivirá la muerte de Josef Stalin, el líder comunista soviético, el 6 de marzo de 1953. A partir de ese momento su sucesor, Malenkov, puso en marcha las repatriaciones de los soldados hechos prisioneros durante la Segunda Guerra Mundial, desde el campo de Cherbakov, donde estaban concentrados «alemanes, austriacos, daneses, finlandeses, búlgaros, rumanos, holandeses, franceses...» hasta de 25 nacionalidades diferentes, que empezaron a presionar internacionalmente para lograr la repatriación de los españoles de la División Azul.

El crepúsculo de los dioses.

En marzo de 1954 el contingente español formado mayoritariamente por divisionarios, junto a desertores, pilotos republicanos, marinos mercantes y algunos *niños de la Guerra*, sale de Vorochilovgrado (llamada así en honor a un dirigente bolchevique, hoy retoma el nombre de Lugansk), el último campo ucraniano que conocieron; cruza el río Nieper y llega al puerto de Odessa, en Crimea. Allí embarcan en el buque *Semíramis* gracias a las gestiones de la Cruz Roja, particularmente la francesa. A medida que se alejan del cautiverio y acercan a la salvación, en España crece la expectación absolutamente, al punto de que en Estambul embarcan periodistas y representantes del Gobierno español para acompañarles en lo que queda de travesía. El «bueno de Victoriano Rodríguez» es protagonista⁴⁴⁷, de nuevo, el día en que, a bordo del *Semíramis*, reciben por primera vez la frecuencia barcelonesa de Radio Nacional de España; escuchan los himnos patrios y reciben los saludos de familiares de estos supervivientes. Fue el soldado barcarroteño, «sin llamar a la puerta ni pedir permiso para entrar, la cara desencajada, los ojos a punto de llorar», quien entró en el camarote del capitán Palacios para alertarle de la recepción de las ondas radiofónicas españolas. En pocas horas, alcanzarían el sueño de la repatriación, como lo describe el tándem Luca de Tena-Palacios: «en ese momento patético en que el *Semíramis*, atraído por las estachas, chocó suavemente contra el muelle de la Patria».

De esta manera, el oficialmente *desaparecido* en Rusia Victoriano Rodríguez – según nota marginal de su acta de nacimiento, fechada el 28 de diciembre de 1946 y cancelada el 29 de julio de 1957- vuelve a su tierra en loor de multitudes. El reconocimiento

⁴⁴⁶ *Ibidem*, p. 312.

⁴⁴⁷ *Ibidem*, p. 348; y VADILLO, Fernando. *La gran crónica...*, op. cit., p. 330.

a los méritos en el frente y el cautiverio, más allá de las primeras muestras de afecto y exaltación nacional, se le hará a Victoriano con la concesión de la Medalla Militar Individual, el 18 de abril de 1968. En la revista de la feria barcarroteña de aquel año se da noticia del acto de entrega de la condecoración, que tuvo lugar el 26 de julio en la Diputación Provincial de Madrid, organismo público para el cual trabajaba de ordenanza nuestro paisano (anteriormente había pertenecido al Instituto Nacional de Previsión). Y le rindieron homenaje, por parte del Ayuntamiento de Barcarrota, su alcalde, Aureliano Venegas Vinagre, acompañado de José Larios Pérez y José Antonio Hernández Trejo. Fue el Presidente de la Diputación madrileña quien abrió el acto, lo continuó el primer edil barcarroteño – quien evocó a Hernando de Soto y a la Virgen del Soterraño, referentes del sentir local- y concluyó el Capitán General de la Primera Región Militar, que fue el que le impuso la medalla. Estuvieron presentes en el acto, junto a Victoriano Rodríguez «El Barcarrota» (como recuerda el *Hoy* al día siguiente que le llamaban durante el cautiverio), su madre, su esposa y su hijo.

Puede que tardaran en concedérsela, pero hay que valorarla en su justo término porque es la única de las 42 otorgadas a la División Azul que recibió un soldado raso tras la llegada del *Semíramis*; antes la habían obtenido cuatro más que habían regresado con la *Blau* en 1943 y otros cuatro caídos en combate. Y el sargento Salamanca, por ejemplo, la recibió en 1998 (su expediente se había perdido). Sin embargo, Victoriano declararía con motivo de esa concesión que «la recompensa tenía que haber sido para muchos otros. Yo no creo que tengan que pagarnos nada a nadie. Nosotros no fuimos a Rusia para que nos lo agradecieran». Esa misma idea es la que me espetó aquel día de verano de 2005, fallido intento de rescatar sus hazañas. Él no veía heroicidades, no sabía por qué tenía la Medalla Militar Individual (corroborada, según él, por 250 testigos y declarantes). ¿Era falsa modestia o auténtico desapego? ¿Seguía siendo un *magnífico insensato*? Esta expresión, como el eslogan de la tortilla de patatas, apenas le parecían «buenas frases».

Pues bien, la Medalla Militar Individual se la dieron porque Teodoro Palacios certificó en 1959, como Delegado del Gobierno para Repatriados de la URSS, que Victoriano había tenido una actuación destacada en Krasny Bor y porque, sobre todo, «en el cautiverio sobresalió por su patriotismo y con gran espíritu colaboró con los Oficiales en elevar la moral de sus compañeros, por lo cual sufrió los máximos castigos y privaciones». En todo caso, el atropellado informe que acompaña al certificado en el expediente no deja lugar a dudas⁴⁴⁸:

⁴⁴⁸ GRAGERA DÍAZ, F., y INFANTES, D. *Rumbo a Rusia... op.cit.*, pp. 136-137.

«Soldado Victoriano Rodríguez Rodríguez: Se negó a firmar toda clase de documentos de propaganda para ser lanzados en el frente de la división a pesar de las amenazas y castigos. Dio su negativa rotunda de afiliarse al G.A. (Grupo Antifascista); mantuvo constante enlace con sus oficiales a pesar de la prohibición de hablar con los mismos, fue rebelde e indisciplinado a todas las órdenes emanadas de los rusos, se negó a trabajar, se mofó de toda clase de propaganda rusa y en cuanto encontró ocasión se fugó del campo siendo capturado y encerrado en la cárcel. Sufrió muchos encarcelamientos por decidida oposición a los rusos y finalmente como castigo fue trasladado a un campo de arresto en los Urales donde continuó con su actitud rebelde. Traslado a Potma a finales del año 46 donde encontró a sus oficiales nuevamente poniéndose a sus órdenes inmediatas. Traslado a Harkov, continuó en rebeldía negándose a colaborar con el G.A. con sus continuas negativas al trabajo y sabotajes, por lo que fue arrestado dos veces en la compañía de castigo donde eran maltratados brutalmente e incluso muertos a palos y de hambre los pertenecientes a dicha compañía; y finalmente encarcelado en diciembre del 48 siendo juzgado y condenado a la pena de muerte, conmutada por la de 25 años en campos de trabajo por sabotaje, agitación y propaganda y negativa al trabajo, permaneciendo en diversas cárceles durante un año en compañía del capitán Palacios, Teniente Rosaleny y Alférez Castillo; durante su estancia en Borovichi sirvió de enlace entre los españoles de los dos campos de esta ciudad comportándose magníficamente, siendo trasladado más tarde a los campos de Swierlof [sic], encerrado por su rebeldía en una cárcel civil especial por lo riguroso de su reglamento. Traslado a Chervakof y Borochilgrado [sic] cooperó con el resto de los españoles en todos los actos realizados en contra de los rusos. Ha demostrado durante todo el cautiverio una conducta magnífica, respeto y subordinación par con sus superiores, distinguiéndose por su espíritu, elevada moral y gran patriotismo.»

He tenido noticias difusas de su muerte a comienzos de 2008, pues no ha recibido el eco acostumbrado en los medios y especialistas relacionados con la División Azul. También se habían olvidado de él. No sé si llegó a ver la reedición de *Embajador en el infierno*⁴⁴⁹ y leyó el prólogo de Gonzalo Altozano, que agradece poner su nombre junto a los de Palacios, Castillo, Rosaleny, Altura, Molero, Salamanca y «Victoriano Rodríguez, antiguo arriero entre Barcarrota y Badajoz, símbolo y modelo del bravo, sufrido y generoso soldado español», como escribió sinceramente Palacios en la dedicatoria de la primera edición. No sé si ocurre que el superviviente jamás olvida al que no tuvo suerte y murió allí, sobre la nieve (como Dionisio Ridruejo evoca). Puede también que en el fondo se sintiera demasiado héroe para poder comprenderlo del todo. E ignoro si perdonó tanto olvido, canalizado particularmente en el rencor a su tierra de origen.

⁴⁴⁹ LUCA DE TENA, Torcuato. *Embajador en el infierno: Memorias del capitán Palacios*. Madrid, Homo Legens, 2006.